

paso de la fiesta al espectáculo, en la noción de «cargar la suerte», que va mucho más lejos que el mero adelantar la pierna por el lado de la salida del toro... No se intenta ni minimamente bucear en la razón y sinrazón del juego, en el riesgo y en la gracia, en la trampa... José Bergamín, que con tanto brío y profundidad planteó estas cuestiones en su «Arte de Birlibirloques», ha publicado recientemente un poema espléndido, humorístico y filosófico, que, ése sí, es una auténtica tauromaquia fundamental. Ese es el lenguaje que hay que manejar si se pretende llegar al «ambiente universitario», no la reseña de incidencias más o menos pintorescas, sentimentales o fúnebres ocurridas a los matadores.

Quizá un libro no puede, por sí solo, fomentar la afición a los toros; puede, al menos, plantear las raíces sagradas y estéticas que dan su plena dimensión a ese arriesgado juego. Tal es la tarea que ahora se propone José Carlos Arévalo, en un libro que deseo de pronta aparición, pues de su preparación taurina y cultural puede esperarse algo realmente significativo. Es un

tópico repetir que la fiesta se muere; es una tarea impedirlo. Quizá la profundización teórica en la tauromaquia sea un medio de conseguirlo, al ampliar la afición por una vía intelectual que no hay por qué desdeñar ni siquiera cuando se trata de los laberintos del riesgo y de la suerte. ■ FERNANDO SAVATER.

Mary Douglas: Mito y logos

La llamada Antropología cultural surgió con el ambicioso propósito de estudiar lo que pudiéramos llamar, parodiando un título famoso, las variedades de la experiencia humana. Se había vuelto demasiado evidente que ya no se podía seguir ignorando culturas enteras al amparo de la excelencia de la propia civilización occidental, porque todas ellas eran, efectivamente, auténticas experiencias humanas, pero al mismo tiempo, un inventado hábito occidental trató de salirse de nuevo con la suya deslizándose en aquel conocimiento de las variedades de lo humano una exigencia espúrea de reduccionismo racionalista a la unidad abstracta de la

humana naturaleza: gran tentación de Occidente a partir, por lo menos, del esencialismo griego y más concretamente platónico. Hoy se piensa que figuras ilustres y pioneros de la antropología —Levy-Bruhl, Frazer y tantos más— incurrieron en semejante debilidad. Y tenemos que preguntarnos además si bajo la flamante antropología filosófica que prolifera ante nuestros ojos —con frecuencia no muy lejos de ser simplemente una vergonzante escolástica neo abstracta—, no se esconde, ahora ya con caracteres casi delictivos, la misma sempiterna propensión a una única y definitiva respuesta para todas las preguntas que el pluralísimo enigma de lo humano suscita en formas crecientemente punzantes.

Pues bien, en este reducido volumen que tenemos en las manos (1) no hay una respuesta, y experimentamos más bien la sensación de que la serie de sucesivas respuestas se presentan con además modesto y poco menos que tratando de pasar inadvertidas. Ante un tema tan omnipresente como el de lo puro y lo impuro, Mary Douglas tiene el buen gusto científico de disponer sus datos, precisar sus preguntas y dejar que las respuestas se sucedan unas a otras sin eliminarse. ¿Por qué todo el inacabable y variadísimo ceremonial en torno a lo que se puede comer o no comer, tocar o no tocar, hacer o no hacer? ¿Qué tienen en común —si lo tienen— tantos ritos que van desde lo que aparentemente no es más que simple magia (¿pero estamos seguros de saber lo que la magia significa?) hasta lo que parece no ser otra cosa que higiene social o individual, o incluso terapia de grupo?

De todas maneras, es evidente que la autora de estas páginas tiende a inclinarse por una interpretación, o línea in-

terpretativa, de cariz sociológico. Así, por ejemplo, a propósito de la complicada estructura de las castas hindúes. O en lo referente a las «abominaciones» del Levítico. ¿Qué significa esto? Que la configuración ritual de lo puro y lo impuro encierra en cada caso la intención de delimitar los propios contornos sociales, de unificar el caos de las experiencias en un orden, de —como decía Durkheim, de quien Mary Douglas se manifiesta libre seguidora— «poner de manifiesto a los hombres su identidad social». Hay que reconocer que hoy día esta interpretación, y desde una perspectiva tanto de psicología de la forma como de estructuralista, nos resulta plausible y coherente. Habrá que esperar a ver si pasado mañana, dada la rapidez con que se suceden las teorías antropológicas, todas ellas devoradoras de sus precedentes, seguimos pensando lo mismo.

Por de pronto, y como ya hemos dejado insinuado, Mary Douglas pone los puntos sobre las ses del racionalismo «clásico» de Frazer y su teoría de la magia. Pero tampoco oculta sus prevenciones con respecto al psicoanálisis de Norman O. Brown. Los hombres primitivos no son niños ni neuróticos. Parece, pues, mucho más razonable sostener «que las ideas acerca de la separación, la purificación, la demarcación y el castigo de las transgresiones tienen por principal función la de imponer un sistema a la experiencia, que de por sí es poco ordenada. Sólo exagerando la diferencia entre dentro y fuera, encima y debajo, macho y hembra, a favor y en contra se crea la apariencia de un orden» (pág. 17): en las palabras citadas creo que está la expresión de la línea de pensamiento de Mary Douglas que más se parece a una definición. Una línea de pensamiento que puede llevarnos además a una sorprendente aproximación —sin salirnos de los límites de la contaminación y el

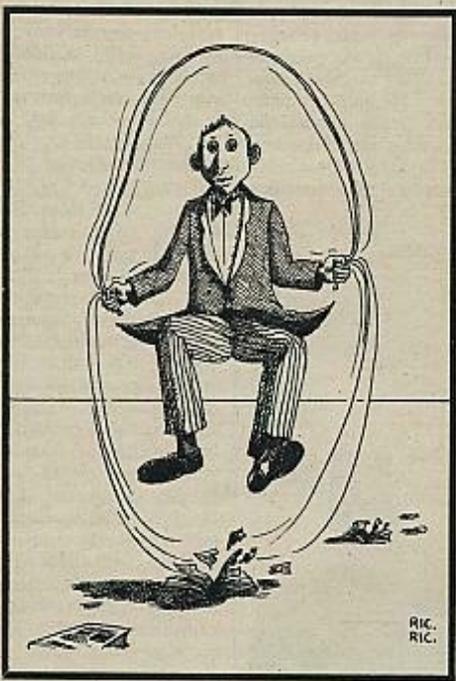
tabú— entre los primitivos y nosotros. Es posible, viene a decirnos Mary Douglas casi con estas mismas palabras, que los ritos más rigurosamente mágicos —o cuando menos interpretados como tales— de los primitivos tengan tanto de higiene como nuestros ritos pretendidamente higiénicos puedan encerrar de magia, o cuando menos de símbolo. No es que semejante afirmación nos sorprenda: ya hace tiempo que estamos de vuelta de la geométrica separación entre mito y logos, propugnada tan dogmáticamente por el positivismo como poco menos que dos compartimientos estancos del tiempo histórico. Pero aunque mito y logos convivan dentro de nosotros, se nos hace arduo franquear tan alegremente sus recíprocas fronteras. ¿Nos hallamos, con este libro de Mary Douglas, sobre la misma ruta que ha conducido a Lévi-Strauss, en su último volumen de *Mitológicas* (El hombre desnudo) a entonar algo así como la marcha fúnebre de su propio pensamiento? Porque resulta que Lévi-Strauss, que nos había seducido con su antropología estructural como sustitutivo de la vaga filosofía, parece ahora querer reconducirnos o devolvernos a ella.

Quizá lo acertado esté en otra disposición de ánimo, y eso sería lo que habríamos de agradecer a Mary Douglas, tan discreta, por lo general, al sugerirnos una tras otra sus respuestas menores. Se diría que, con alternancia inescapable, el mito, analizado y seguido hasta su límite, nos devuelve al logos, así como el logos, en virtud de su propia afirmación absoluta, nos pone delante del mito. Y sin que el movimiento alternante en cuestión pueda detenerse. Ocurre aquí como en tantos otros terrenos del ejercicio de la mente humana: como cuando los materialistas nos dan ganas de pensar como los idealistas, y los idealistas nos devuelven al materialismo, y así sucesivamente.

A propósito de los ceremoniales de pureza, tan omnipresentes y con frecuencia tan neurotizantes, sugiere Mary Douglas algo que vale por una intuición básica en la experiencia humana: que la pureza, cuando se vuelve excesiva y aspira a ser absoluta, conduce inevitablemente a la esterilidad. Los hombres no podemos tolerar más que una determinada dosis de pureza, como sólo somos capaces de una cierta proporción de dolor; sólo podemos vivir como humanos en lo relativo y en lo imperfecto. Viejísimas ideas, sempiterna parábola del hombre desnudo que necesita lo absoluto para sentirse relativo... y lo relativo para no hallarse a gusto con ello y permitirse el lujo de la nostalgia de lo absoluto. Lo dijo de manera difícilmente superable Pascal: «El hombre sobrepasa infinitamente al hombre», y la clave de la frase está en afirmar a la vez los dos extremos encerrados en ella. ■ FRANCISCO PEREZ GUTIERREZ.



La exposición con la cual la Librería Turner se autorizó a sí misma también como galería de arte, si pareció exigir de mí la urgencia de un comentario no lo fue porque esos grabados de Chillida que alberga, ilustraciones a Martin Heidegger y a Jorge Guillén, fuesen a descubrirle a nadie la novedad de un Chillida grabador, sino, más bien, la de un Chillida ilustrador. ¿Ilustrador? Bueno, sí, aceptemos provisionalmente, para no entrar en la marea de las definiciones, una palabra que en este caso no quiere decir que nuestro escultor-graba-



RIC. RIC.

(1) Fuerza y peligro; un análisis de los conceptos de contaminación y tabú, Mary Douglas. Siglo XXI.